

FEDERICO MAYOR ZARAGOZA

DIRECTOR GENERAL DE LA UNESCO



© ELOI BONJOCH

—¿Cuáles son las preocupaciones actuales más relevantes en el mundo de la cultura?

—Muchos son los aspectos de la cultura internacional que hoy nos preocupan. Por ejemplo, el enorme riesgo de la convencionalidad de la cultura, de una simbología que, a fin de cuentas, nada tiene que ver con la realidad. Pero hay una cuestión que nos preocupa por encima de todo: la posibilidad de creciente uniformización. Que la identidad, la diversidad y la complejidad cultural vayan difuminándose poco a poco.

—¿Esta tendencia a la uniformidad está provocada por la nueva situación tecnológica mundial?

—Sí, se debe fundamentalmente a los medios audio-visuales y, concretamente, a la televisión, que está produciendo una invasión de estilos de vida concretos, de percepciones ideológicas concretas, de culturas que, poco a poco, se están imponiendo: cómo se vive, cómo se baila, qué música se escucha, qué cocina se condimenta, de qué modo se viste... es decir todo aquello que, finalmente, constituye el perfil cultural de un pueblo. La cultura se está uniformizando de modo progresivo, pero no hay imposición alguna como las que existieron en ciertos momentos; hay ejemplos muy recientes de imposición de un sistema político determinado que quiere la uniformización de sus ciudadanos. Actualmente, la ventana al exterior es, casi exclusivamente, la pantalla del televisor, y se adopta una actitud pasiva, no una actitud de diálogo como la que proporciona, por ejemplo, la lectura. Creo que esta progresiva implantación de estilos de vida, de modos de comer, de comportarse, de reaccionar, esta amenaza a la diversidad es, seguramente, la preocupación fundamental de la cultura.

—¿A quién le corresponde velar por la salvaguarda de la diversidad? ¿Deben hacerlo los estados, los organismos internacionales, la UNESCO?

—Creo que la UNESCO debe ofrecer, en colaboración con las Organizaciones no gubernamentales, intergubernamentales, etc., las directrices principales, que pueden venir dadas por la experiencia ya adquirida en distintos lugares del mundo. Pero las actividades que se realicen en el ámbito de cada estado dependen de la presión ciudadana. Lo primero que debe procurarse, pues, es que los ciudadanos sean conscientes de que debe intentarse salvaguardar, de modo adecuado, ponderado y acompañado, la propia cultura.



—Se discute actualmente cuál debe ser el papel de los estados en materia cultural: si deben intervenir poco o mucho y si una excesiva intervención estatal mata la creatividad cultural. ¿Cuál sería la propuesta adecuada?

—Es muy difícil. En este terreno, la distinción entre fomento e inducción es complicada. Es lo mismo que ocurre en la UNESCO. Estamos ahora celebrando el Decenio Internacional del Desarrollo Cultural y me da miedo tener excesivas iniciativas y que me puedan decir que nosotros,

a fin de cuentas, también nos imponemos en vez de permitir que haya iniciativas individuales, colectivas, colegiadas, de distintos países o de empresas concertadas por distintos países a escala regional o mundial.

—Y en el interior de cada país, ¿qué protagonismo debe tener el estado?

—El menor posible. No sólo en este aspecto sino en todo. Es decir, el estado ha de procurar actuar como base de recogida y proyección. De hecho, un ministro de cultura que, con la mayor buena fe, otorgue un estímulo especial a determinado sector o iniciativa, puede ser inmediatamente acusado de dirigismo, aunque no haya sido ésta su intención. Lo cierto es que el fomento de la cultura debe ser el fomento de la libertad irreductible. La creatividad muere, a menudo, de aburrimiento o de inanición, pero es difícil matarla. Una de las cosas que pueden matar la creatividad es que, desde el estado, se definan algunas áreas de prioridad y eso provoque que las demás, que podrían tener una aportación muy espontánea, muy válida, genial incluso, queden muy desarrolladas en comparación con las que se fomentan.

—En el caso de las culturas sin estado propio —la catalana, por ejemplo, que es una cultura en un estado que tiene diversas culturas—, ¿cómo se ve su futuro desde la UNESCO?

—Creo que es una cuestión muy clara. Es evidente que el mapa cultural del mundo, muchas veces, tiene muy poco que ver con las fronteras geopolíticas. Y lo que a nosotros nos interesa es el fomento de la diversidad, del pluralismo, conseguir que se hagan presentes las aportaciones de cada cultura y cada pueblo.

—¿Cómo se pueden defender estas culturas que no tienen estructuras propias de carácter estatal?

—Son las que más deben defenderse, precisamente, a través de la cooperación internacional. Como UNESCO, es decir, la entidad que debe velar por el desarrollo de la cultura, sería inaceptable que pensáramos que sólo existen los mecanismos que se deciden en el nivel de cada estado. Nosotros debemos dar unas fórmulas y unas estrategias genéricas que puedan ser aplicadas en todos los países, y que se basen en la libertad, en el fomento de la creatividad, en la no intervención, en el no dirigismo, en la salvaguarda de la diversidad y del pluralismo, frente a las tendencias

uniformizadoras. Y eso debemos defenderlo, y lo defendemos, para todas las culturas, tengan o no tengan su correspondiente ámbito estatal.

—¿Pero con qué mecanismos?

—Por el hecho de ser la UNESCO una organización internacional, el mecanismo debe pasar por el gobierno, pues se trata de una organización intergubernamental. Pero creo que en este punto, que es donde podría existir debilidad, está precisamente la fuerza, como ocurre casi siempre. Repito muchas veces un verso de Hölderlin que me gusta mucho y que dice que la salvación se encuentra, a menudo, donde hay peligro de muerte. En este caso, al posible peligro, al hecho de que el estado no quisiera fomentar una de las culturas de los pueblos que lo integran, debe oponérsele el hecho de que la UNESCO, al tener 156 países y sistemas colegiados de gobierno, es una fuerza a favor de que ningún estado pueda ser acusado públicamente ante este foro internacional por practicar una política estatalista o de priorización por lo que respecta a las culturas de sus distintos pueblos. Y por ello, como ocurre con los derechos humanos, pese a que la UNESCO no sea un tribunal ni pueda emitir ningún tipo de sentencia o dictamen, en nuestros órganos colegiales pueden recogerse manifestaciones de unos países que hagan referencia a la situación de conculcación de los derechos humanos en otro país. Y eso hace que los países eviten que estas situaciones sean tratadas en el foro internacional. Creo, por lo tanto, que la propia cooperación internacional proporciona la base para el fomento de las culturas que no están directamente representadas por un estado, y por un estado de libertades públicas. Porque, no nos engañemos, hay pueblos que tienen culturas prácticamente unitarias, pero el estado no puede representar esa cultura porque está en manos de un grupo que piensa de un modo distinto al del resto de los ciudadanos. No obstante, evitan someterse a una «manifestación» a escala internacional de políticas represivas, incluida la cultura.

—¿Qué sentimiento produce el hecho de ser el Director General de la UNESCO de origen cultural catalán?, ¿qué riqueza le ha aportado el hecho de participar de la cultura catalana?

—Creo que ha sido muy importante. El hecho de que, hoy, la UNESCO tenga un Director General cuya lengua materna sea distinta a la lengua oficial del estado por el que está representada es importante. En



muchas ocasiones he dicho que como español tengo un modo de ver las cosas y que como catalán añado otro. Y es bueno que eso se diga. Es bueno porque no hay posibilidad de desarrollo en el mundo de hoy sin tener en cuenta no sólo la diversidad sino también la unicidad de cada persona.

—¿Alguna vez ha sido una carga el hecho de confesar que proviene de una cultura pequeña como la catalana?

—Muy al contrario. En primer lugar por-

que no es pequeña. Es una cultura inmensa y una cultura de proyección universal. Y, además, la cultura catalana siempre ha sido una cultura abierta. Afirmar lo contrario sería cometer un error y, además, un error sin fundamento. Lo que admiro precisamente de la cultura catalana es que, realmente, ha estado junto al mar. Siempre ha estado abierta. No ha tenido la tendencia a la involución o a contemplarse a sí misma. Los valores de nuestra cultura catalana se están enviando a todas partes y, en mi opinión, de modo ejemplar. Se está haciendo, en todo momento, con respeto desde el punto de vista de la pertenencia a un estado, al estado español. Y eso, de hecho, enriquece al propio estado, es decir que todo lo que Cataluña hace y todo lo que Cataluña proyecta ayuda al estado español a tener una visión y una creatividad mayores. Creo que hay una importante característica del catalán, en general, como cultura: su capacidad, por un lado, para tener ideas muy elevadas, pero, por el otro, para tener el sentido de la orografía inmediata. Se trata del equilibrio entre lo que debe hacerse por lo que hoy es un ideal imposible pero que mañana será posible y la conciencia de que debe avanzarse despacio y con la acción diaria. Esta capacidad para caminar cada día hacia un objetivo que es, efectivamente, un objetivo muy alto, que en determinado momento puede parecer utópico, es una de las características más importantes de los catalanes.

—Hoy se discute mucho sobre si la cultura científica y tecnológica en la que estamos inmersos puede deshumanizar o si, por el contrario, esta cultura científica y tecnológica pone las bases para un nuevo humanismo. ¿Usted cómo lo ve?

—Soy extraordinariamente partidario del conocimiento. Es decir, creo que el conocimiento siempre es positivo, que cada vez necesitaremos más, que el conocimiento nos ha beneficiado mucho y que la humanidad es hoy más justa, en general, de lo que era hace unos años.

—Pero actualmente hay más ciencia y tecnología que, por ejemplo, filosofía.

—No. Creo que no es cierto. Además, no hay relación alguna. Entre otras cosas porque ha habido mucha filosofía y muy buena, desde hace 2.000 o 10.000 o 20.000 años, mientras de ciencia, como hoy la entendemos, y sobre todo de tecnología, no ha habido. Pero insisto en hacer una diferencia: la ciencia es una cosa, su aplicación otra.



© ELOI BONJOCH



—¿Cómo asegurarnos de que la aplicación de la ciencia conduzca a una sociedad más humana?

—*La aplicación de la ciencia puede ser, incluso, antihumana, puede ser perversa. Pero ahí está la capacidad de la condición humana para dominar su futuro. Y eso es algo en lo que insisto siempre. Y por eso soy optimista.*

—¿Eso debe hacerse desde la ciencia o desde otro ámbito?

—*No. El científico debe levantar su voz diciendo que el conocimiento es positivo, pero que su aplicación puede ser perversa. ¿Por qué se aplica mal?, ¿por qué se aplica de un modo perverso? Generalmente, por motivos de soberanía nacional y de defensa, o de violencia, o por intereses puramente económicos. Por eso debemos ser capaces de moderar esta tendencia a la utilización indebida del conocimiento. Pero me parece que, en cambio, la ciencia y la tecnología pueden facilitar la creatividad, la desmesura, la extravagancia, lo inesperado, la creación.*

—¿Y de dónde provendrá la inspiración

para conducir la aplicación de la ciencia hacia los fines que deseamos? ¿Cuáles son las fuentes de inspiración en las que, hoy en día, podemos pensar?

—*Las de siempre. Las fuentes de inspiración no pueden ser otras que los principios éticos, es decir, la solidaridad, la paz, la justicia, la libertad; éstos son los principios que siempre han inspirado e inspirarán el futuro. Si una cultura o una creación está motivada por otros objetivos, esta cultura tiene poco alcance. Me gusta repetir que el buen pintor es el que vende lo que pinta y no el que pinta lo que vende; porque si pinta lo que vende significa que lo hace mediatizado. Y esta mediatización tampoco es nueva, ni está sólo condicionada por una metodología tecnológica reciente. Creo, por lo tanto, que existe un principio ético.*

—En este sentido, ¿se podría afirmar que las ideologías, las religiones, tienen un futuro en este mundo, que se han de constituir como lugares de inspiración, como fuentes de inspiración?

—*La religión y, más que la religión, el sentimiento religioso. La batalla perma-*

nente entre la creencia y la increencia la batalla permanente que toda persona libre, lo diga o no, para responder a las preguntas más íntimas —hacia dónde vamos, cuál es, por fin, la solución del misterio de estar vivos—, eso nunca tendrá respuesta. Será siempre un misterio ya que, en el instante en que tuviera solución, cuando hubiera un predominio exclusivo de las luces sobre las sombras, el hombre dejaría de ser libre. Es decir, que la existencia de la libertad nos lleva a estar siempre en esta difícil situación de inclinarnos por una solución o por la otra. Y esta tensión es, precisamente, creadora.

—Pero parece que, en la cultura contemporánea, hay aspectos muy negativos: una buena dosis de nihilismo en ciertos países desarrollados; mucho fundamentalismo y mucha intolerancia en otros lugares. ¿Cómo ve esta ambigüedad?

—*La intolerancia en el terreno de la religión no es nueva, ni se da sólo en determinada religión. Es decir, todas han pasado por momentos de exacerbación absolutamente erróneas. En el caso de mi propia*



religión, lo que más me ha impresionado es, precisamente, lo inesperado del hecho de que el Dios-hombre naciera en un pesebre y que, en vez de ser el símbolo de la fuerza, sea el símbolo de la debilidad, y que muera en una cruz. Es decir, creo que el fundamentalismo es precisamente la negación de toda la gran simbología de la religión católica. Y lo digo porque cuando se afirma que hay gente más papista que el Papa, es verdad; entonces se están exagerando unos principios que llevan al fundamentalismo religioso.

—¿Y por lo que al nihilismo se refiere?

—Por lo que al nihilismo se refiere, creo que, en estos momentos, el reconocimiento de que deben existir unos principios éticos y unos valores está ganando terreno de un modo extraordinario. Hasta el punto de que, hace muy poco, la declaración de la Comisión Brundtland, la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo proclamaba, finalmente, que el hombre de hoy necesita una ética global. Por eso digo con toda sinceridad que no creo que, hoy, haya en el mundo un movimiento amplio de nihilismo. Lo que

sí existe, en los países donde de forma prematura se dan, a veces, excesivas facilidades, es una tendencia a la evasión. Estamos creando un mundo de artificio donde mucha gente, especialmente los jóvenes, advierte que no cuenta como ciudadano, que todo se hace a su espalda; y entonces se dejan llevar por esa inmensa corriente de cosas que les son ajenas, a ellos y a su modo de pensar. Finalmente, hay una tendencia a la evasión y también, por qué no decirlo, una tendencia a un tráfico intolerable de los medios para esta evasión. Ésta es una de las cosas contra las que hoy debemos luchar. Es un fenómeno de marginalización de un mundo de consumo. Y lo primero que debemos hacer para defender la cultura es darnos cuenta de que este consumismo y este servilismo a unos intereses económicos, vengán de donde vengán, deben también saberse moderar.

—Estamos celebrando el 40º. aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. ¿La UNESCO se siente activa en este campo, en este 40º. aniversario?

—Sí, porque para nosotros es fundamental. El aspecto principal de nuestro mandato constitucional es la defensa de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

—¿Existe algún proyecto específico en esta perspectiva del 40º. aniversario?

—Sí, la UNESCO ha previsto diversos actos y numerosas publicaciones para celebrar el 40º. aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Pero lo que a mí me interesa más es la iniciativa de llevar a todas las escuelas del mundo —en este sentido, he escrito a todos los jefes de estado, presidentes de gobierno y ministros de educación— la conmemoración de los principios de la Declaración Universal, porque creo que son nuestros jóvenes, nuestros hijos, los que, desde el momento en que comienzan a tener real conciencia de lo que ocurre en el mundo, han de saber que hay unos principios generales y que estos principios generales son absolutamente fundamentales para la dignidad de todos los hombres. ■